

LOS BIGOTES DEL CHICHO

y otras obras por los 50 años de la UP

Concurso de Cuentos, Testimonio y Gráfica



Frente Cacerola

y otras obras por los 50 años de la UP

LOS BIGOTES DEL CHICHO

Concurso de Cuentos, Testimonio y Gráfica



Frente Cacerola

LOS BIGOTES DEL CHICHO
y otras obras por los 50 años de la UP

Concurso de cuentos,
testimonio y gráfica.

Edición y distribución RS
Frente Cacerola

Edición digital
Santiago - Chile
diciembre 2020

Tabla de contenidos

PRÓLOGO	7
Golpe <i>Juan Carlos Peña Silva</i>	15
Mi Madre <i>Juan Carlos Castro Oyarzo</i>	20
Núcleo Tania <i>Valeria Regina Arancibia Jerias</i>	25
"Taty" <i>Willy Haltenhoff Nikiforos</i>	29
Testimonio <i>María Elena Valenzuela Romero</i>	32
"¡El pueblo unido, jamás será vencido!" <i>Walter William Reed Coleman</i>	35
Testimonio II <i>María Cruces</i>	37
Los bigotes del Chicho <i>Juan José Flores Cárcamo.</i>	40
La imagen del vidrio <i>Fernando Hernán Sandoval Lobos.</i>	44
Adelante, obreros y estudiantes <i>Román Campusano Ruilova.</i>	47
El abrazo, el sentido y la razón <i>Paola Font Flores.</i>	51
El empaná de perro <i>Daniel Fredes Castro.</i>	54
Testimonio III <i>Marlene Patricia Civilo García.</i>	58
Hijos del medio litro de leche <i>Jaime A. Torres Guerrero.</i>	61
El despertar de Carmencha <i>David Alejandro La Mura Ovalle.</i>	65
El baúl	68

<i>Juana Elizabeth Viguera Fernández.</i>	
La lechería	71
<i>Salvador Neftalí Cáceres Manríquez.</i>	
¡Malditos!	77
<i>Jorge Ricardo León Sánchez.</i>	
A cien metros del sillón presidencial	80
<i>Domingo Antonio Aravena Vergara.</i>	
Cuando ayer.	85
<i>David Jesús Avello Gaete</i>	
1970 / 2020	88
Cincuentenario del Gobierno Popular	88
<i>Ricardo Klapp Santa Cruz.</i>	

PRÓLOGO

En el año del 50 aniversario de la elección del presidente Salvador Allende, en su histórico triunfo en el año 1970, han circulado textos y videos destacando los muchos avances del gobierno popular. Por mencionar solamente uno de los ámbitos de logros (uno hoy en día muy pauperizado): el de la cultura. Una de las 40 medidas del programa de Allende, era la creación del Instituto Nacional del Arte y la Cultura, "Crearemos el Instituto Nacional del Arte y la Cultura y Escuelas de formación artística en todas las comunas", decía la medida número 40. Lo anterior es solamente un ejemplo de avances en la cultura de la Unidad Popular (UP), la lista es larga: el tren de la cultura, la editorial Quimantú, lo que hoy es el Museo de la Solidaridad con la mayor colección de arte contemporáneo de nuestro país, el auge de la música de La Nueva Canción y del muralismo, que si bien son previos a la UP, florecieron en ese periodo. El teatro, las historietas educativas (La Chiva y La Firme), o dirigidas a los niños (Cabrochico), el cine y la renovación de la programación del canal estatal de televisión, entre otros logros. Ya

quisiéramos tener hoy muchos de esos avances. Ya los recuperaremos, la cultura debe ser parte de ese otro Chile por construir, que sigue pendiente desde el estallido social de un año atrás.

Y precisamente a propósito del llamado estallido social, nació nuestra organización, el Frente Cacero-la (FC), que en su acta de nacimiento declaró que “Pertenece a una generación de resistentes y combatientes anti dictatoriales que en los años 70s, 80s, luchó con valentía, coraje y altruismo por la reconquista de la democracia. Luego de treinta años del término de la dictadura, nuestros sueños ochenteros recién ven la posibilidad de hacerse reales. Vemos en el alzamiento popular la posibilidad de cumplir con una tarea democratizadora que iniciamos hace cuarenta años y que fue capturada por una elite política, económica y social que hoy ve como sus privilegios tiemblan ante el empuje del pueblo”.

Esos anhelos se comienzan a ver un poquito más cerca luego del aplastante triunfo del “Apruebo” y la “Convención Constitucional” el pasado 25 de octubre. Solo un poco más cerca. Falta mucho, esa elite refractaria a la democratización de los derechos de todas y todos, dejó varios cortafuegos (como el mecanismo de elección de los constituyentes, el quorum de dos tercios, etc). En ese contexto nues-

tro FC decidió convocar al concurso de cuentos, testimonios y obras gráficas por los 50 años de la UP.

Con el mensaje “un pasado cargado de futuro”, se habían iniciado ya los preparativos de la conmemoración de las cinco décadas desde el triunfo de la Unidad Popular con Salvador Allende, cuando convocamos a este concurso, que al igual que otras actividades de conmemoración desarrolladas durante este año, buscaba rescatar esa memoria como parte de los elementos que pueden ayudar a construir ese Chile digno que nuestro pueblo reclama.

Desde octubre de 2019 al triunfo del Apruebo este año 2020, casi no ha habido banderas partidistas en la Plaza de la Dignidad y en los otros puntos de manifestaciones en Santiago y en el resto de Chile, sin embargo “El Derecho de Vivir en Paz” se transformó en uno de los himnos, y ni que decir “El Pueblo Unido Jamás Será Vencido”. Víctor Jara y Sergio Ortega han estado todos los días en la primera línea de este despertar de Chile. Y los volvimos a escuchar el día del triunfo del “Apruebo + CC”. Los años de la UP calaron hondo en el imaginario y las esperanzas del pueblo chileno. En eso pensamos también al convocar al concurso, y en la presencia quizás más fuerte, la de Allende, que anunció que se abrirían las grandes alamedas. Claro que no se han abierto solas, los hombres y mujeres

libres han debido abrirlas a costa de sacrificios y mutilaciones. Hay mártires en este despertar de Chile. Pero estamos esperanzados en que tantos sacrificios nos lleven al final, por fin, a la construcción de una sociedad mejor. En este hermanarse del perro Tevito con el perro Matapacos, todo está por venir. Ese futuro no está a la vuelta de la esquina, pero llegará si perseveramos.

Las obras recibidas reflejan esa mezcla de pasado con presente pero mirando al futuro, si bien las bases indicaron temáticas referidas a los años de la UP, inevitablemente en las obras recibidas, esos años de gobierno popular que se cerraron con el golpe de estado, se mezclaron con los años de la dictadura, y con la desilusión del llamado periodo de transición. Como dijo la escritora Pía Barros, miembro del jurado del concurso, a veces los traumas pesan más que los sueños. No obstante, también varias de las obras conectan esa historia con el momento del estallido social y el proceso de cambios actuales.

Agradecemos la rigurosa revisión de los textos realizada por las escritoras Pía Barros y Alejandra Costamagna, el escritor Gianfranco Rolleri, y la investigadora francesa, especialista en literatura latinoamericana, Laetitia Boussard que generosamente nos apoyaron participando como jurados en este Concurso.



Obra Gráfica: América Libre
Autor: Felipe Bravo Silva

Resultó ganadora la obra "Los bigotes del Chicho", del autor Juan José Flores Cárcamo. En un concurso inusual como este, acordamos dejar en segundo lugar no una sino siete obras que tuvieron similares menciones y preferencias por parte del jurado. Empatados entonces quedaron "El golpe", del autor Juan Carlos Peña Silva, "Núcleo Tania", de la autora Valeria Regina Arancibia Jerias, "Mi madre", del autor Juan Carlos Castro Oyarzo, "El pueblo unido jamás será vencido", del autor Walter William Reed Coleman, "La lechería", del autor Salvador Neftalí Cáceres Manríquez, "El baúl", de la autora Juana Elizabeth Viguera Fernández, y "Taty y el presidente Allende" del autor Willy Haltenhoff Nikiforos.

En obras gráficas el Frente Cacerola decidió premiar "Tres años de poder popular: ¿DONDE ESTAN ELLOS QUE MARCHABAN EN LIBERTAD?" de Ramón Teófilo Bórquez Márquez, y "América libre" de Felipe Bravo Silva.

Felicitamos a las autoras y autores ganadores, así como a los demás participantes cuyas obras están siendo recopiladas en este libro: María Cruces, Ricardo Klapp Santa Cruz, María Elena Valenzuela Romero, Fernando Hernán Sandoval Lobos, Román Campusano Ruilova, Paola Font Flores, Daniel Fre-des Castro, Marlene Patricia Civilo García, Jaime A.

Torres Guerrero, David Alejandro La Mura Ovalle, Jorge Ricardo León Sánchez, Domingo Antonio Aravena Vergara, y David Jesús Avello Gaete.

La mezcla de cuentos y testimonios en este libro, pensamos que abre una ventana a las nuevas generaciones para que puedan vivenciar ese periodo que les precede. En ese sentido, el libro cierra con el trabajo "1970 / 2020 - CINCUENTENARIO DEL GOBIERNO POPULAR" de Ricardo Klapp Santa Cruz, que es una síntesis de la historia de ese gobierno popular que logramos tener por tres años, una historia que nos parece relevante de conocer por las nuevas generaciones.

Esperamos que a los lectores de esta compilación, la lectura les sea tan grata como a nosotros.

Agradecemos especialmente el gran apoyo que nos entregó editorial ASTERIÓN, que donó más de cuarenta y cinco libros para premios, que se sumaron a los que teníamos considerados como Frente Cacerola. Agradecemos también el apoyo de la Corporación Letras de Chile.

Y gracias a las cacerolas y cacerolos por su compromiso y entrega, que va mucho más allá de esta actividad literaria, extendiéndose a su trabajo por un Chile mejor a la difusión en las redes sociales, el apoyo a las víctimas de la represión durante y después del estallido, la colaboración con las ollas co-

munes durante la pandemia, el aporte a diversas organizaciones sociales y territoriales en la campaña por el "Apruebo", las contribuciones a la lucha por justicia para los presos políticos y la presencia de las y los miembros en la Plaza Dignidad, cada vez que se puede.

Golpe

Juan Carlos Peña Silva

Nací el año 60, en unas parcelas que hoy son un barrio pobre de La Pintana. Al nacer sufrí una asfixia que provocó que de por vida tenga problemas de movilidad. No fue fácil para mis padres tener un niño espástico. Mis hermanas mayores me dieron el suficiente cariño, hasta ahora, para enfrentar la vida a pesar de las dificultades. Cursé hasta tercero básico en la escuela, suficiente para aprender a leer. Era la Unidad Popular, y las mentes y los sueños de la gente se abrían lo que permitió que me dieran un espacio en la escuela sin discriminación. Con apenas diez años ya trabajaba como ayudante de un feriano, hombre cariñoso y amable que me enseñó el amor por la lectura y me apoyó en mi aventura escolar. Aprendía el oficio y trabajé con un puesto en la feria con frutas, verduras, papas y de un cuanto hay que sirviera para ganarme la vida. En la Unidad Popular como nunca los pobres leíamos libros, era habitual por las tardes ver a vecinos sentados en las puertas de sus casas con un Quimantú en la

mano. Las micros semejaban bibliotecas andantes. Novelas de vaqueros, hasta grandes obras de clásicos de la literatura.

Ser de la Unidad Popular en la población era de lo más natural, por primera vez los humildes, los trabajadores y las familias enteras nos sentíamos parte de algo y empezamos a ser importantes y a creernos que podíamos decidir nuestro destino. Sentía mucha afinidad con los cabros militantes de la UP, que organizaban con alegría sus actividades en la población, abundaba un aire de colaboración, apoyo e integración: yo con mis dificultades para desplazarme, siempre tuve unos brazos amigos que me integraban a esa alegría:

Cuando empieza el desabastecimiento, los ferianos dimos todo por suplir las carencias y dentro de nuestras posibilidades tratamos de aportar contra el brutal sabotaje de los ricos al proyecto popular.

Recuerdo que hasta la atención hospitalaria tuvo un aumento en la calidad, por el compromiso distinto que tenía el personal con los humildes. Hubo un mejor trato y ánimo de acogida con los pobladores, que empezamos a sentirnos respetados.

El 11 de septiembre corre la voz en la población de que había golpe. Algunos lloraban, pero de impotencia. Era tan poco lo que podíamos hacer para defender al gobierno ya que no teníamos con qué

hacerlo. Dos muchachos consiguieron unos revólveres viejos con unas pocas balas y se vinieron caminando por Santa Rosa en un loco intento de llegar a la Moneda a defender al presidente. Varios otros jóvenes niños los siguieron. Con el tiempo supe que llegaron hasta cerca de Avenida Matta y gastaron sus pocas balas en el inútil intento. Regresaron esquivando calles y con lágrimas en los ojos ante su fracasado cometido.

El 12 de Septiembre circulaban las patrullas militares y era habitual sentir balaceras distantes que nos hacía presumir que había resistencia.

El día 14 se abrió una panadería en el sector y se armó una cola para conseguir algo de pan. Desde una de las esquinas un grupo de jóvenes les grita ¡Asesinos! a una patrulla militar, militares que no dudan en responder a balazos. Cae una muchacha, que estaba embarazada, a metros logré ver que sangraba de sus piernas. Otras personas llorando se le acercan, gritos, llanto, miedo.

Nunca supe que pasó con ella: unos decían que murió, otros contaron que salió con el tiempo al exilio.

Hasta ese 11 de septiembre, yo no entendía mucho de política. Fue ese día que entendí lo que era la lucha de clases, tantas cosas que escuché antes a

los jóvenes upelientos de pronto me hicieron sentido.

El año '85 participaba con varios pobladores en la resistencia. Mi problema de movilidad de alguna forma me ayudaba a no levantar sospechas. Caminaba con dificultad pero no era impedimento para que colaborara con las actividades clandestinas de quienes habían decidido a enfrentar a la dictadura con todo. Y ahí quise estar. Me tocó llevar una caja a la casa de un compañero, quién ya había perdido a un hermano en un enfrentamiento con la repre. Saliendo de esa casa, a pocas cuadras soy detenido, me tiran al suelo y me patean. Varios agentes me levantan y esperan a que venga un vehículo para llevarme. En medio de los insultos y en un segundo de descuido me lancé a las ruedas de una micro, la cual me golpea fuerte pero no alcanza a aplastarme. Me acordé de la historia del Compañero Contreras Maluje. Más insultos y directo a un cuartel de carabineros. Simulé ser enfermo mental, ya que mis problemas de espasmos también afectaban mi forma de hablar. Golpizas, corriente en los genitales y yo solo respondía con palabras sin sentido. Creo se convencieron que yo era un discapacitado mental. Como los cinco días me soltaron, recuerdo que en los diarios salió como noticia que los terroristas usaban a un enfermo mental para trasladar armas.

Me fui al sur de Chile, a recuperarme, al campo de un tío y también para alivianar el susto de mi familia.

Volví al año siguiente a la feria y a seguir apoyando a los compañeros que seguían dando la pelea contra la tiranía. El año 90 tuve un hijo. Un sueño que nunca imaginé lograr. Vivo de vender repuestos de auto, neumáticos, baterías, y sobrevivo con una pensión muy baja. Estoy ciego. Extraño leer. Votaré Apruebo, como corresponde.

Vivo con mi hijo Lenin Salvador.

Mi Madre

Juan Carlos Castro Oyarzo

Corrían los '70, me tocaba ir a primero básico en la escuela del pueblo sureño. Mi madre me llevó al campo, a la casa donde ella trabajaba de empleada doméstica. Los patronos, una familia de origen alemán, me miraban con curiosidad, era extraño ver a una mujer tan joven, con apenas veinte y un años ser madre de un muchachito tímido de seis años. Había varios niños rubios que me miraban con distancia mientras yo ayudaba a mi madre a entrar trozos de leña para la chimenea. Nunca más mi madre me llevó a ese lugar. Ella lo pasaba mal ahí porque trabajaba desde las seis de la madrugada y terminaba los oficios a las nueve y diez de la noche, por un sueldo que no alcanzaba para vivir. Mi madre cargaba además con sus abuelos que la criaron, ya viejos y enfermos. Ese fin de semana nos quedamos en la casa de don Pablo, un inquilino del fundo, un obrero que con su mujer nos acogían con cariño dentro de su pobreza. No había luz eléctrica en su casa, a pesar que a unas cuadras la casa de

los patrones resplandecía. Por la noche nos alumbrábamos con velas y junto a otros niños y niñas del campo pasábamos las noches escuchando cuentos de brujos que erizaban los pelos. La de la Cai-Cai era mi favorita. Don Pablo le dice a mi madre que lo acompañemos a un galpón que les servía de Iglesia, y le pide que no vaya a contar al patrón lo que iba a escuchar. Entramos al galpón en penumbras, las velas apenas alcanzaban para ver rostros, había muchos campesinos reunidos, iniciaron con una oración y después se pusieron a hablar en turnos. Al fondo había un cartel hecho a mano y en penumbras vi que era una V montada sobre una A y con unos desteñidos colores patrios. Viva Allende. Escuché a una señora hablar de abusos, a otro señor hablar de justicia y esperanza. Habló un joven llamado Daniel, que no parecía campesino, no recuerdo que dijo, pero sé que emocionó mucho a mi madre y todos. Lo acompañaba una joven hermosa con un cintillo de flores en la frente y que también habló al final, algo dijo que hizo que las mujeres la abrazaran con cariño. Don Pablo pedía que hablaran más bajo, atemorizado que el ruido de la Asamblea llegue a la casa patronal que quedaba a unas cuadras.

Regresamos al pueblo, mi madre volvió a dejarme al mal cuidado de los abuelos. Ella solo disponía de

un día libre cada quince días. De esa época recuerdo que lo pasábamos muy mal, el abuelo atrapado en el alcoholismo y mi abuela intentaba mantenernos como podía, ya que le tocaba además cargar con otros dos nietos que habían sido abandonados en mi pueblito del sur, mientras sus madres se vinieron a la capital a trabajar en lo que sea.

El año 71 y 72, nos llegaron a la escuela unos overoles color beige y zapatos, también unas cajas maravillosas con barras de colores para aprender matemáticas. Y también empezamos a recibir la leche diaria que el Presidente electo había prometido. Recuerdo que algunos botaban la leche en polvo por las calles porque decían que venía con una vitamina que te convertía en comunista. Yo era feliz con mi leche, mi overol y mis zapatos ya que andar descalzo era para mí lo habitual.

Mi madre dejó de trabajar para los alemanes y decidió emprender con un pequeño taller de costuras. Criaba gallinas en el patio, las que me tocaba salir a entregar peladas y listas para cocinar por todo el pueblo. Un día mi mamá me dice que hay un Golpe de Estado. Varias mujeres del barrio salieron a celebrar eufóricas. Mi madre en silencio, siguió cosiendo con su máquina disimulando su pena. A nuestra humilde casa varias veces nos visitó Daniel, el joven universitario con su bella novia.

Creo que esa fue razón suficiente para que una hija de un vecino carabinero, nos apedreara la puerta cuando se le daba la gana.

A mediados de los 80, yo había ingresado a estudiar a la Universidad de Chile, mi madre militaba en el clandestino Partido Comunista y aún se ganaba la vida con su máquina de coser. Le recordé de la historia cuando me llevó al campo y la noche que nos quedamos en la casa de don Pablo. Pregunté por qué nunca más me llevó a ese lugar, ya que con los abuelos lo había pasado de mal a peor.

Me dijo: ese día que te llevé a ese lugar, fue porque los patrones me propusieron que vivieras conmigo en el fundo, para que aprendas a cortar leña, sembrar, cosechar, y que algún día podrías ser empleado de la casa, hasta mayordomo. Así ya no era necesario que yo vaya al pueblo cada quince días. Ocurrió que esa misma noche don Pablo me llevó a su Iglesia, y un joven ahí habló de que nuestros hijos tenían derecho a ir a la Universidad: y yo decidí que algún día tú ibas a ir a la Universidad. Al otro día el patrón me dijo que te había habilitado una cama pequeña en el cuarto que yo ocupaba para que te quedes a vivir ahí.

Esa es la razón porque nunca más te llevé a ese lugar...

En memoria de mi madre y a Daniel Gallardo: condenado a pena de muerte en Octubre de 1973 en Valdivia por un tribunal militar, pena que le fue conmutada por extrañamiento. Hoy reside en Canadá.

Mi madre ya no está con nosotros desde el año 2014. Te amo viejita.

A Salvador Allende, por hacernos soñar.

Núcleo Tania

Valeria Regina Arancibia Jerias

Yo era chica, en 1970, tenía diez años, pero mi corazón palpitaba cada vez que en mi casa se realizaban reuniones del Núcleo "Tania" de las Juventudes Socialistas.

Se reunían alrededor de la mesa familiar y de pie cantaban la Marsellesa Socialista, Himno del Partido Socialista de Chile. Yo, escondida, muy cerca, también cantaba: -¡Contra el presente vergonzante, el Socialismo surge ya!-, todavía recuerdo esa frase. Mi padre militaba en el Partido Socialista y trabajaba en los Ferrocarriles del Estado como maquinista. Fue también dirigente de la Federación Santiago Watts, organismo sindical. Mi hermano Juan y mi hermana Susana, militaban en las Juventudes Socialistas. Recuerdo que todo en mi casa estaba relacionado con la campaña de Salvador Allende, tenía muy claro que yo era Allendista y atea, tan chica y tan clara. Mi casa siempre estaba llena de propaganda, había afiches de candidatos, muchos afiches apilados bajo la escalera que daba al segundo piso.

También había camisetas verde oliva, boinas e insignias que eran para las marchas y concentraciones multitudinarias para respaldar al Chicho. Tengo memoria de que un vecino pegó muchos afiches en nuestra cuadra, propaganda contraria a nuestras ideas como familia. Con mi hermana y hermanos menores, corríamos y desde la esquina y de un manotazo sacábamos esos carteles, hasta que nos retaron. Recuerdo que fue muy divertido. Tengo memoria si, de muchas cosas que pasaron en la UP, en mi escuela, una compañera de curso, compañera de banco, me decía que a los niños y niñas se los iban a llevar a Cuba, esto fue en octavo básico Escuela N° 31 del Cerro Los Placeres, yo le decía, que eso era mentira, que no era cierto.

Tengo memoria de haber cantado con orgullo la canción nacional de Chile en la escuela donde estudiaba, todos los lunes a "grito pelá'o", como se dice, hasta el momento del Golpe de Estado Cívico Militar, de ahí no la canté más, la desprecié, sobre todo esa estrofa que agregaron los genocidas. No me olvido de las inmensas "colas" que había que hacer para comprar alimentos para la casa, pero lo hacía feliz con mis hermanos y hermanas, porque de ese modo apoyábamos a nuestro presidente. Estando en las "colas" se escuchaba en la radio música pegajosa a alto volumen, canciones en contra de

nuestro presidente, me daba mucha impotencia no poder defenderlo. Mi madre criaba gallinas y pollos, vendíamos huevos frescos pero sufrían de hambre, muriendo de a poco porque no había alimentos para ellos.

Yo sabía que existía el mercado negro, lo que significaba que un producto que valía muy poco lo vendían mucho más caro, también sabía que las empresas escondían la mercadería para provocar inestabilidad en el país.

Volviendo a los pollos, me sorprendía mucho verlos como se picoteaban la cola y empezaban a comerse entre ellos. Una vez tomé un pollito que ya tenía medio cuerpo y traté de salvarlo, murió el pobre. La alegría llegaba a mi casa cuando mi hermano mayor se juntaba con otros amigos y cantaban música latinoamericana. El grupo se llamaba Amauta, lo conformaban vecinos y amigos. Guitarras, bombos y quenenas recorrían mis oídos y desde ese momento y, para siempre, me enamoré de esa música. En mi casa nunca faltó el alimento, incluso mejoró notablemente el menú, se comía más veces pollo, la leche no faltaba, porque en la escuela nos daban un jarro de aluminio con leche y un galletón.

Mi padre sindicalista, hacía reuniones en mi casa, muchos hombres rodeaban la gran mesa, muchos fumaban y se respiraba un aire de amistad y buena

convivencia. Tengo muy lindos recuerdos, un padre feliz, una madre feliz, hasta que llegó el infortunio a mi hogar, el fatídico día 11 de septiembre de 1973.

“Taty” y el Presidente Salvador Allende

Willy Haltenhoff Nikiforos

-¡Sale tú, yo me quedaré! - grité a mi hija Taty, que tomando mi brazo insistía en quedarse conmigo, estábamos en pasillo fuera de mi despacho en medio de un ruido ensordecedor de artillería de morteros, bazucas y de las bombas de los tanques, le rogaba que saliera junto a las otras compañeras que estaban protegiéndose en el Salón Toesca.

-¡Quiero quedarme contigo, papá, por favor te lo pido!- me gritó de nuevo.

Le volví a insistir que no se quedara, que no quería muertes innecesarias, menos de mi hija, ella me miró angustiada pues no comprendía mi decisión, quería a toda costa quedarse conmigo.

-Hija mía, mi deber es permanecer aquí, sale tú, además estás embarazada y debes proteger a tu hijo, hay once mujeres que deben salir contigo.

-¡No, papá, no te dejaré solo, quiero quedarme contigo para defender nuestro proceso revoluciona-

rio que tanto ha costado, yo creo en él, quiero luchar para defenderlo!

-Hija, admiro tu lealtad, sé que amas esta revolución tanto como yo, por eso te pido que salgas para que seas tú la que logre la unidad de las fuerzas de izquierda para enfrentar los duros tiempos que vendrán, ese será tú deber, tu papá te amará siempre, siempre estarás en mi corazón.

Luego la abracé con todas mis fuerzas, ella con sus ojos angustiados se alejó por el pasillo y fue a sumarse a un grupo que llegaba de otras oficinas, todos enfilaron de inmediato hacia Morandé 80 en medio de un ruido de artillería que se multiplicaba.

Ingresé a mi despacho y cerré la puerta, tomé una foto de mi familia y la puse en el borde de mi escritorio, la miré fijamente un rato, de pronto sentí el grito del pueblo que venía de afuera, me asomé a una ventana, corrí la cortina y sentí de inmediato los vítores de la muchedumbre, recordé las veces que salí al balcón para recibir el apoyo de mi pueblo leal congregado en la Plaza de la Constitución, recordé cuando nacionalicé el cobre, que era el gran legado que dejaba a mi país.

Ese día en mi discurso les pedí que confiaran en los dirigentes del futuro, para que nunca más el capital extranjero se robe nuestras riquezas naturales que son de todos los chilenos.

Ahora era distinto, la Plaza de la Constitución estaba llena de tanques y soldados traidores que con sus metralletas y bazucas disparaban hacia la Casa del Pueblo. Me alejé de la ventana muy triste, me pregunté por qué el sueño de tantos chilenos acababa a balazos, en ese instante sentí caer una bomba muy cerca de mi oficina provocando que la puerta se estremeciera, era la Fuerza Aérea que comenzaba a bombardear, debía apurarme.

Tomé el fusil que me regaló Fidel Castro, me senté en mi sofá, puse la culata en el piso, accioné el dedo y disparé.

Muchos años después, ya en democracia y cuando me convirtieron en estatua, fui una mañana a La Moneda a la misma oficina donde me había disparado, ahora un puñado de socialistas renovados reían alborozados mientras firmaban decretos para privatizar el agua, la electricidad, las comunicaciones, los caminos, el mar, las minas. Cerré mis ojos muy entristecido y volví a mi pedestal de estatua, de pronto sentí de nuevo una bala entrando a cabeza como esa mañana del 11 de septiembre, solo que esta vez yo no apreté el gatillo.

Testimonio

María Elena Valenzuela Romero

El día 11 de septiembre a las ocho am, sentimos unos disparos, mi marido se levantó y observó por la ventana, me llamó rápidamente a mirar que en los techos andaban infantes de marina con metralletas y rostros pintados. Prendimos la radio y solo había marchas militares. Un escalofrío de mal presentimiento nos recorrió el cuerpo. Mi marido se vistió de prisa, no quiso tomar desayuno y me dijo que debía ir al Banco de calle Prat. Lo que hacía bajando de prisa por calle Urriola. Pero al llegar vio infantes de marina apostados en las puertas y un amigo del banco le informó que no fuera a trabajar, que había golpe de estado y estaban apresando a todos los de izquierda, se despidió y se devolvió a la casa.

Un terror invadió las calles y los hogares del pueblo de Chile, algo nunca visto por nuestra generación nos apretó el corazón, mientras escuchábamos por la radio los bandos militares, y la voz de salvador Allende por radio Magallanes que informaba lo

acontecido y que él no se iba a rendir, las lágrimas invadieron nuestros ojos.

Fue el día más negro para los chilenos, la clase obrera, los estudiantes. La esperanza cayó acribillada por la bota ensangrentada del fascismo. Valparaíso, era un campo de disparos y muertos. Mi compañero, no volvió a trabajar, la derecha hizo una lista de nombres de sus propios compañeros de trabajo y la DINA comenzó a visitar los hogares para llevarse detenido a todo el que aparecía en esa lista, supuestamente gente de izquierda. Allende fue asesinado en el palacio de la Moneda y el caos patrullaba las calles con sus metralletas.

Mi casa fue allanada varias veces por carabineros y luego por la DINA (Patria y Libertad), les llamaba la atención que era tan grande. El día 8 de octubre de 1973, a media noche vinieron a buscar a mi esposo, eran alrededor de nueve infantes de marina con sus rostros pintados y sus metralletas que asustaron a los niños que dormían, prendiendo las luces de las habitaciones. Al salir, el último de los infantes me dijo en un murmullo que lo llevaban a la academia de guerra del Silva Palma. Desde el día siguiente empecé a recibir llamadas que me insultaban y me amenazaban de no salir de la casa, y que debía cooperar con ellos, preguntando imperiosamente, dónde mi esposo tenía las herramientas, yo

no tenía idea de lo que preguntaban y me advertían enojados que volverían a llamar. Hasta que un día me anunciaron que el partido (¿?) había decidido eliminarme por no cooperar con ellos. Yo estaba tan asustada que cada vez que sonaba el teléfono, temblaba de pies a cabeza de terror. Por ese tiempo a mi compañero lo estaban torturando en la Academia de Guerra. Varios detenidos que pasaron por la Cruz Roja y que venían del barco, el Lebu, al ver la foto de mi esposo, me decían que estaba muy mal, que lo habían torturado mucho.

Desde la ventana veía cómo pasaban las horas y los días sin saber de mi compañero. Me dijeron que estaba en ese barco de nombre El Lebu en la bodega dos. Luego recibí una nota para mí, enviada a la Cruz Roja por mi marido. La enfermera jefe a cargo, doña Joaquina, nos trataba muy mal, a todas las mujeres que íbamos a saber de nuestros parientes detenidos y desaparecidos. Esta señora era muy cruel nos quitaba las cartas o notas y no nos permitía conservarlas.

Pasó el campo de concentración, el consejo de guerra, la cárcel y más tarde el exilio.

“¡El pueblo unido, jamás será vencido!”

Walter William Reed Coleman

“ ¡El pueblo unido, jamás será vencido!”

El viento susurró, y como un eco respondió:

—Todos los niños son iguales.

—No es así — respondió la *injusticia social* imperante.

—¡Veremos! —orgulló el viento.

Los niños—mudos y obedientes—esperan a sus padres en sus casas, casitas y casuchas. Las elecciones vienen luego: 4 de septiembre de 1970.

“ ¡El pueblo unido, jamás será vencido!”

—Todos los niños son iguales — gritó el viento.

—No es así — amenazó la *injusticia social* ahora, opositora.

—Veremos — con profundas dudas, sostuvo el viento.

Hombres, mujeres y niños, antes anónimos y entonces protagonistas, luchan contra la injusticia imperante. Cambian valores, sabores, luces y sombras. Cansados del duro trabajo. Con voces con carraspeas, proclaman:

“ ¡El pueblo unido jamás será vencido!”

—Todos los niños son iguales — insistía el viento.

—No es así — tozudamente rebrotó la voz de la *injusticia social*.

—Veremos — dijo el viento en un sollozo.

Hombres, mujeres y niños. En sus casitas y casuchas lloraban. Era el 11 de septiembre de 1973. Muchas casas encendían las luces de vítores de triunfo.

—Todos los niños son iguales — lloró el viento.

—No es así — aseguró la *injusticia social*.

—Veremos — dijo el viento. Y se escuchó al eco que resonaba: “Mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas”.

“ ¡El pueblo unido jamás será vencido”!

El viento hace desaparecer: día a día, batalla a batalla, a esa *injusticia social*. Llegará el momento en que se gane esa guerra. La *injusticia social* *habrá desaparecido* y la única voz que se oirá, será la de la “Unidad Popular”, gritando con más fuerza:

“¡El pueblo unido jamás será vencido”!

Testimonio II

María Cruces

Me llamo Maria Cruces, Yo tenía nueve años. También bonitos recuerdos. Mucha alegría y algarbía porque por fin había ganado la UP. Recuerdo haber asistido a muchas marchas, haber asistido a tocatas de Quilapayun, Inti Illimani, cuando recién estaban comenzando. Caminar por la alameda y ver muchos escenarios en donde se cantaba y participaba mucha gente. Banderas rojas del PS. Brigadistas, obreros con cascos blancos. No había REPRESIÓN como ahora en las marchas.

Luego empezaron las colas el desabastecimiento de comida. Pero hubo hechos que me marcaron y están nítidos en mí.

Mi casa está casi a la entrada de la Avenida principal. Y yo desde mi casa veía como llegaban unos camiones y vaciaban mercadería y pollo y carne en unas grandes zanjas que habían, donde después colocaron unos grandes tubos que son del alcantarillado, ahí botaban la comida en camiones tolvas

que vaciaban y después le echaban cantidades de cal para que nadie los fuera a sacar.

Cuando vino el golpe de estado, vimos pasar casa por casa a los milicos y llevarse a todos los hombres de las casas con las manos tras la cabeza.

Yo vivo en Peñalolén Alto, estamos muy cerca del regimiento de telecomunicaciones estábamos rodeados de milicos. Después con el tiempo supe que todas las operaciones fueron maquinadas desde aquí, de este regimiento.

Todos los prisioneros fueron trasladados a una cancha de futbol.

Después los hicieron formarse a medida que los llamaban por lista. Igual que en el colegio.

Como se esto, porque era chica y no media las consecuencias, y los seguimos y vimos todo eso.

Una parte de los que nombraron se los llevaron al Estadio Nacional y los que no nombraron los dejaron ir a sus casas.

Los que se fueron al Estadio, muchos de ellos no volvieron, aún recuerdo sus nombres y vi como sus familias quedaron solas. Vi sacar muertos del canal San Carlos. Ir por la parte de atrás de Villa Grimaldi y escuchar muchos gritos. Pasar por delante y ver como lavaban la salida y ver correr agua con sangre. Ver como lavaban camiones tolvas y esa era el agua que corría hacia la calle, agua con sangre.

Después me di cuenta cuanto riesgo corrimos por andar sapeando, y que podían habernos matado, éramos muchos niños curiosos que no midieron las consecuencias en ese momento. Ahora uno le toma el peso de lo grave y las grandes consecuencias y sucesos que vimos

Y así muchas cosas más.

Mi vida continuó y desde la clandestinidad pelear para volver a la democracia. Protestas para lograr un plebiscito y que ganara el NO. Salir a enseñar a votar, ir casa por casa, ver a mucha gente con mucho miedo, hasta que lo logramos. Y hoy que estamos en encierro recuerdo más esos días de encierro, de toque de queda, de permisos. Es como si se repitiera todo de nuevo.

Y digo de corazón, yo que no soy de ningún partido político: **CON MÁS FUERZA CON MÁS RABIA nos volveremos a reencontrar.**

Pero ahora no queremos más abusos.

Los bigotes del Chicho

Juan José Flores Cárcamo.

Una vez que la leche caliente era servida a cada uno de los hermanos, la suave capa de nata se formaba en la superficie del tazón de plástico y, de pronto, la sonrisa se reflejaba en los bigotes blancos que la espuma hacía aparecer sobre los labios, cada cual con una expresión diferente en la cara haciendo morisquetas, el medio litro de leche venía como aporte alimenticio para cada uno y esas alegrías eran esperanzas de crecer fuertes, saludables y con muchas ganas de estudiar.

El papá había dicho que era una de las 40 primeras medidas del gobierno popular y que por fin se preocupaban de las necesidades del trabajador, la pobladora y las familias proletarias. En cada vaso de leche aprendimos el valor de compartir el sentido humano de la alimentación, sentimientos del seno materno llamado patria.

Un día, sobre la mesa del comedor nos sorprendió una caja grande, al destaparla, surgió un aparato moderno, un televisor, llevaba el escudo nacional

y un nombre de nuestra tierra "Antú", el sol resplandeciente del wallmapu, representaba los adelantos tecnológicos que estaban a disposición de todos, desde dentro de esa pantalla de vidrio un pequeño payasito enseñaba a cuidar la dentadura, peinarse e infinidades de cosas, mientras melodías de un piano ponían sonidos que ensoñaban y un perrito con lentes moviéndose como chinchinero, animaba las transmisiones, se abría así una ventana virtual y las imágenes en movimiento aunque en blanco y negro hablaban de un país que avanzaba hacia un nuevo destino.

Las frías y deslavadas paredes de las calles se llenaron de murales con abanicos de colores que expresaban el amor a la naturaleza, flores, aves, árboles, caras con ojos muy abiertos que parecían avanzar alegres llenando de creatividad y arte los espacios callejeros, la música y las canciones hablaban del obrero, de su trabajo, de la dueña de casa, iban poniendo notas poéticas nacidas en el corazón de gente sencilla. Bellos afiches en consultorios, bibliotecas, escuelas anunciaban que el cobre era de todos nosotros, que había que darle duro a la construcción, que la felicidad comienza en los niños y que nos poníamos pantalones largos, a trabajar por Chile invitaban los trabajos voluntarios multiplica-

dos por doquier, había que poner el hombro para salir adelante.

Ahora reordeno mi pequeña biblioteca. La literatura universal llegó a nuestras manos en minilibros y el pensamiento se abrió como pétalos de una flor que, siendo una semilla entregada a la conciencia digna, en suelo fecundo brota con fuerza y que no ha sido segada; y entre esos amarillentos libros releo la propuesta del gobierno de la Unidad Popular, el tiempo ha dado la razón a aquellas proféticas esperanzas para cambiar. Así pude soñar y escribir este texto, la inspiración, las palabras vinieron del último discurso que escuché, "la historia es nuestra y la hacen los pueblos". Luego la sombra gris enmudeció las calles, los anhelos de justicia aún están como heridas punzantes en el corazón doliente de tantos.

Miro la lluvia por la ventana y el sonido de las gotas me habla que falta mucho para primavera, ya brotarán las semillas de quienes un día abrieron surcos con el sudor de la frente y con la fuerza de sus arrugadas manos. En el reflejo de la ventana veo mi pelo cano y mis bigotes blancos, en ese momento una sonrisa de nostalgia y una lágrima se escapan añorando la imagen de niño tomando ese vaso de leche y en un susurro del más allá resuena la voz de mi padre diciendo – ¡se parecen a los bigotes del

“Chicho”! y yo muy bajito empiezo a tararear: “...
de pie, cantar que vamos a triunfar...”

La imagen del vidrio

Fernando Hernán Sandoval Lobos.

Caminando alegremente al colegio, de la mano de mí mamá y con los amigos del barrio, yo era el más pequeño. Pero me sentía uno más de ellos, claro que solo los escuchaba como si fueran adultos comentando del partido que tendrían de tarde en la calle con el pasaje cercano. Todos los días era la misma rutina, hasta que una tarde fue diferente cuando en el pasaje donde una vieja pelota de cuero rodaba entre reja y reja todos detrás de ella, de pronto todo se detuvo, era mi papá, esta vez no traía la caja de bebidas, ni la malla de naranjas para los jugadores, esta vez era una caja enorme, todos con cara de sorpresa querían saber que era esa caja misteriosa y todos a seguirlo a mi casa. No quedó ningún niño en el partido, el riéndose los dejó entrar y que se acomodaran donde pudieran mientras sacaba esos cartones, era una caja de madera con un vidrio, nunca nadie había visto semejante cosa con botones y cables. El hombre que ayudaba a cargar la caja en pocos momentos ya estaba atando

una barra a un gran madero apoyado en un árbol y de pronto comienza a sonar y en largos minutos de espera el vidrio se prende y todos sorprendidos, asustados. Se veía gente por la ventana de esa caja, trato de recordar que imagen era pero la impresión de ver ese vidrio brillar me paralizó. De allí en los viajes siguientes a la escuela solo se hablaba de esa caja hasta los pasillos donde nos separábamos, cada cual a su sala, yo por mi corta edad no podía entrar pero cada día era lo mismo, el querer entrar a la sala de mi hermano, y cada día eso terminaba en un llanto de regreso a casa, hasta que llegó el día que ese profesor dijo que si podía entrar y si aprendía podría quedarme allí. Fue el orgullo de mi mamá, al fin de ese año era el mejor de la clase del 2° básico, con solo cinco años, mi regalo fue un libro de cuentos con un mensaje en su tapa que decía "al primer lugar". Y promovido al tercer año. Todo eso yo no lo entendía mucho, pero ese año fue de aventuras el estar con niños muy grandes, que trataban de repetir cosas que esa caja mostraba, solo que después de un tiempo los niños pasaron a ser los papás que llenaban la casa para mirar futbol, y donde los gritos eran de cada gol. Tampoco recuerdo quienes ganaban o perdían, pero seguía siendo feliz en casa rodeado de toda esa gente entrando y saliendo. Nunca me faltaban los regalos

que todo mundo me llevaba, hasta mis abuelos nos visitaban más seguido, y como en casi todo los pasajes tan poblados de niños, yo como el más pequeño terminé pensando que era enano porque todos me decían así. Vamos a tirarnos de una colina con un cartón, siempre no faltaba quien dijera "lleemos al enano". Para mí eso era como normal, ser al primero que le daban las frutas que sacaban de los árboles o ser al primero que no le pegaran al jugar, porque muchos de ellos tenían hasta cuatro años más que mí, en el colegio era lo mismo, al formar siempre el primero, igual a quien aventaban por la ventana, reía tanto por todo eso y se reían de mí por cosas como no saber acordonarme los zapatos o no saber la hora. Pero si podía leer y hacer sumas y esas cosas.

Un día fuimos a almorzar a casa de mis abuelos, los que me encantaban, era un día extraño. Poca gente en la calle. Al llegar la casa de mis abuelos sentí ese aroma de su casa especial para mí, nos sentamos a almorzar y de pronto llega un vehículo verde y sube a la fuerza a mi papá cuando él fue a ver que querían, yo miraba por esa ventana imágenes iguales a las de aquella caja, y fue la última vez que volví a ver la imagen de mi papa por ese vidrio, un día de septiembre.

Adelante, obreros y estudiantes

Román Campusano Ruilova.

¡¡Que hable el Pellizca!!, ¡¡Que hable el Pellizca!!, gritaban enardecidos, los obreros, mineros participantes en uno de los tantos ampliados a los que llamaba el sindicato, en el atestado local que se ubicaba al centro del modesto campamento, de la "fierrera", ubicada en la sierra cercana a Domeyko, pueblo que yacía como un lagarto al sol, en pleno desierto nortino. Pellizca, era un esmirriado y alto minero; le llamaban así porque su tamaño le permitía pellizcar la luna. El interés de que hablara, era para ellos un motivo de risas, porque el hombre se paraba para dirigirse a sus compañeros y sus nervios lo descontrolaban, al punto de lagrimear. Para mí, como un infante visitante de la mina, que su padre llevaba a pasar unos días al yacimiento, era un penoso y cruel espectáculo, Pellizca, era un hombre con cara de niño bueno, algunos días me regalaba un par de huevos duros que llevaba a la faena.

Corría el año 1971, pleno periodo del gobierno popular de Salvador Allende, el gobierno de los trabajadores, aquellos que habían soportado históricamente explotación y condiciones laborales miserables. Se expresaban como niños, en sus miradas había esperanza y afán protagónico, querían cambiarlo todo, se organizaban alegremente. Pronto todas las "fierreras", que estaban en manos de privados, pasarían por la vía de la expropiación, a ser parte de la Compañía de Aceros del Pacífico, con ello a esos trabajadores se les abría un mundo de alternativas en beneficios sociales, relacionados con salud, vivienda y becas de estudios para sus hijos, beneficio que con el tiempo y aun en dictadura; ya que el proceso inverso de privatización, de la mayoría de las empresas estatales, por la vía del llamado capitalismo popular, llevó algunos años, me permitiría, estudiar y generar un cambio social importante en la historia de mi familia. Las becas no eran para pagar los aranceles de la Universidad, lo que duró solo algunos años, si no, para el sustento de los estudiantes, en ciudades importantes donde se radicaban las instituciones de educación superior, habitualmente distantes de pueblos y ciudades menores.

¡¡Que el cabro cante "la batea"!!, era el pedido del joven "paco", que componía la patrulla de militares y carabineros que nos detuvo en Octubre del

sinistro año 1973, junto a mi padre, un tío y a todos los hombres que encontraron en la localidad del Durazno, zona campesina cercana a Ovalle, cuna de mi nacimiento. El tío, había dado acogida a un “prófugo”, según lo dictaban los “bandos”, era un Regidor Comunista.

Bien sabía “el paco” a que se refería con su pedido, ya que me había visto en alguna presentación del conjunto “Quimantú”, que interpretaba principalmente canciones protestas. Lo integraba Patricio, hermano de mi madre, con quién había vivido gran parte de mi infancia. Me llevaba algunos años, su canto y su guitarra comprometida causaba mi admiración, deseaba fervientemente alguna vez acompañarle en los escenarios, solo me enorgullecía desde una posición de espectador. El conjunto musical, estaba integrado por jóvenes militantes de las Juventudes Comunistas. Se presentaban en villorrios rurales, en cierres de trabajos voluntarios o entregas de carnet partidarios, era sorprendente el entusiasmo con que gente sencilla de todas las edades, se sumaban a esas actividades. Ellos, quienes eran los más afectados con el desabastecimiento de los productos básicos, por el boicot sedicioso de los poderosos, quienes acaparaban y generaban una escasez ficticia y el “mercado negro”, que solo favorecía a los opositores al gobierno popular.

¡¡Al pleno en el casino!!, ¡¡al pleno en el casino!!, era la invitación voz en cuello de los estudiantes en los patios de la Universidad Técnica de Estado, recinto en el que también funcionaba, su grado oficio, la Escuela de Minas de Copiapó. Los patios custodiados por militares, era marzo del año 1974, algunos valientes a riesgo de ser detenidos con consecuencias imaginables, lideraban un sentido homenaje a los caídos y desaparecidos. Era el comienzo de una oscura etapa en la historia de nuestro país.

El abrazo, el sentido y la razón

Paola Font Flores.

Llegué a la Alameda a eso de las 10:30. Ahí, ya se había reunido un grupo de compañeros, lienzos y banderas en mano.

Hacía frío, mi cuerpo estaba entumecido, así que, para abrigarme decidí entrar a la iglesia donde se hacía la clásica misa de todos los años antes de salir en romería hasta el patio 29 del Cementerio General.

Seguí el ritual respetuosamente, me sentaba y paraba según las indicaciones del cura. En un momento dijo “la paz hermanos”.

Sabía, por mi abuela, que debía dar la mano, en señal de fraternidad, a quien estuviese cerca de mí. Sin mayor reflexión, giré a mi derecha y extendí la mano al caballero que tenía a mi lado. Con una sonrisa de “¡pero chiquilla!”, apretó mi mano, me tiró hacia él, firme y delicado a la vez, me abrazó con fuerza y dijo “la paz compañera”. Me miró de manera dulce y fraterna. Su mirada caló en mí.

Emocionados nos soltamos, para luego salir a la romería.

Ese abrazo fuerte, dulce y sincero ha sido una de las más bellas lecciones que me han regalado. Nunca había visto a ese hombre, ni tampoco lo volví a ver, sin embargo, me enseñó que sin importar nuestros nombres, edades, diferencias, éramos compañeros. Dimensioné, aprendí la profundidad de esa palabra, Compañera.

Era septiembre de 1987, tenía dieciséis años.

Pocos días después fueron detenidos y luego desaparecidos José Julian Peña Maltés, Alejandro Pinochet Arenas, Gonzalo Iván Fuenzalida, Julio Muñoz y Manuel Jesús Sepúlveda.

Crecí en dictadura, pasé raudamente de la niñez al despertar adolescente, entre el espanto y el dolor, en contraste con la ternura y la esperanza. El espanto de la represión, del dolor de perder amigos, del sufrimiento de un pueblo entero y de ver a la generación que me antecedió con sus sueños castrados, traumatizados por la violencia brutal que se inició con el golpe de estado. Y por otro lado, la ternura del abrazo del compañero, del trabajo colaborativo y en comunidad, del saber que nuestra labor tenía su sentido.

Soy parte de una generación que amó sin prejuicios, idealistas, honestos y generosos. Cada expe-

riencia nos marcó el alma a fuego, y entendimos que la vida no tiene razón sin una causa.

Esa generación sabe que perdió, porque nuestros sueños no tienen semejanza alguna con el curso que tomó la historia de nuestro país a partir de los 90.

A 50 años del triunfo de la Unidad Popular, a meses del inicio de la revuelta, en medio de una pandemia y del plebiscito de octubre, constatamos que abrimos una pequeña ventana, una posibilidad cierta de que, si somos capaces de trabajar bien con decencia, honestidad y generosidad, puede convertirse en un punto de inflexión que corrija el rumbo de nuestra historia.

El empaná de perro

Daniel Fredes Castro.

¡Empanadas! ¡Empanadas calientes! gritaron afuera de la puerta, abrí, don Pedro me saludó con una enorme sonrisa e inmediatamente me extendió la mano con una empanada.

Había llegado a Montepatria unos días atrás, en un vehículo de Investigaciones desde Ovalle, tras estar detenido cuatro días en Santiago, luego de ser detenido en los patios de la EAO el 28 de octubre del 84. El país estaba en estado de sitio. Yo estaba relegado por noventa días según decía un decreto del Ministerio del Interior, firmado por Jarpa, que me exhibieron.

¡Putá que tenis suerte! Me dijo el rati en General Mackenna cuando me comunicó que mi destino era Montepatria. ¡Lo vai a pasar rebien! Y tenía razón, Montepatria es un pueblito en las cercanías de Ovalle, en lo que solíamos llamar el norte chico, atravesado por ríos y abrazado por el sol, lo que la convierte en una tierra generosa. Montepatria está habitado por gente sencilla, curtida por el sol, que se

dedica principalmente a la agricultura, se ve mucho temporero y uno que otro pirquinero.

Fundada por españoles, por Pedro de Valdivia decían, y bautizada como Moterreyes, tras la independencia se renombró como Montepatria, y según cuentan, tal como en el pueblo blanco de Serrat, por Montepatria no pasó ni el golpe.

En la época que llegué, se disfrutaba la abundancia que genera la tierra, y sumado a gente sencilla generosa y solidaria, era obvio que lo pasaríamos bien. Bien entre comillas, porque no olvidas que estás ahí castigado, que no puedes salir ni desplazarte libremente, que te llevaron ahí dese las aulas de la técnica, que no pudiste ver ni a tus padres, ni tus hermanos ni tus amigos, solo por luchar por un país libre, por un país justo, por un país para todos, por un país de feliz. Sin embargo, sientes alivio ya que estás vivo. Muchos corrían otra suerte por aquellos días.

¡Lolo! ¡Vamo a la Mora! ¡A jugar Rayuela! Me gritaron en la ventana de la casa del bajo, donde don Ramiro tenía su taller de zapatería y que me ofreció así sin más, el primer día que llegué sin conocerme. Don Ramiro era un hombre joven pero el sol y el trabajo habían mellado su piel, parecía más viejo, pero apenas pasaba los treinta.

¡Lolo, yapo! Insistieron de afuera. Yo era el Lolo, tenía veinte y un años, era el más joven de los relegados de Montepatria, había cuatro más, todos “viejos” de entre treinta y cuarenta años, había dos dirigentes de la construcción de Concepción, un profe, dirigente de la Agech de Rancagua y un “político” socialista de Briones, quien, luego fue diputado y de hecho fue el primer diputado muerto en ejercicio, víctima de cáncer creo. Ricardo Lagos fue a verlo una vez y fue todo un acontecimiento, porque llevaron carne de vacuno y comimos un asado a la orilla del río. Nosotros solo comíamos carne de cabrito.

Ir a la Mora, a jugar Rayuela, significaba solo una cosa; vamos a tomar hasta quedar tirados, desde afuera me invitaban un grupo de viejos montepatriños, el día consistía en jugar rayuela, comer cazuela y tomar vino en batea. Me fui con ellos almorzaba, jugaba, tomaba un poco y luego con alguna excusa me iba. ¡Era imposible seguirles el ritmo!

Saliendo de la Mora me dirigía a casa de don Pedro, donde con sus hijos organizamos un taller de preparación para la PAA. Nos juntábamos ahí con unos diez cabros del pueblo y preparábamos matemáticas y física, además de reírnos, arreglar Chile y el mundo y divertirnos también. Don Pedro el dueño de casa, era comunista como la mayoría, y se

jactaba de hacer las mejores empanadas de Montepatria, le gustaba pasar a la casa del bajo a conversar con nosotros y llevarnos empanadas. Al llegar gritaba fuerte: ¡Empanadas! ¡Empanadas calientes!, para que todos escucharan, era como su coartada, entraba, comíamos empanadas y conversábamos horas. Muchas historias de la pampa, del salitre, de Recabarren, de esperanzas, de muertos, de la vida.

Cierto día estábamos en la Mora, jugando Rayuela con los otros viejos del pueblo, y llegó don Pedro, saludando a todos... ¡El empaná de perro! Gritaron todos a modo de saludo, como en el comercial ese que decía ¡El zanahoria!... solo sé que en un escalofrío me corrió por la espalda, recordé todas las empanadas que habíamos comido y tragué saliva. ¿Por qué le dicen así? – pregunté- ¡De cariño! Me dijeron.

Testimonio III

Marlene Patricia Civilo García.

Mi hermana y yo fuimos criadas en un régimen absolutamente patriarcal y machista, por lo que era inadmisibles que a la edad de diez años tuvieras la osadía de levantar la voz a tus padres, o expresar tu parecer acerca de alguna regla autoritaria. Fue en esa edad en que viví el golpe. En casa mi papá era el proveedor, mi mamá, trabajaba en casa cuidándonos y manteniendo la misma, mi papá ponía las reglas, los horarios y todas sumisas acatábamos. De pronto mi papá desapareció unos días de casa, pues debían hacer guardia en la empresa donde trabajaba para cuidarla, entonces quedamos al entero cuidado de mi mamá, quien apoyaba todo lo que el general hacía y decía, porque había que poner orden en este país (yo pensaba "quiere que todo sea igual que en su casa"). De pronto comenzaron a escasear los víveres y el dinero en la casa, cuestión que nunca antes vivimos, comenzamos a tener hambre, porque no había que echarle a la olla, cuando se compraba pan se daba medido para que

durara varios días, muchas fueron las noches en que me dormí llorando de hambre. Un día, ya un poco más grande, estaba harta de esta sensación de miedo permanente y hambre, discutí con mi mamá y sin ningún miedo, (porque antes las insolencias se pagaban con una bofetada o con un palo donde callera) le grito a mi madre, "GRACIAS A SU GENERAL ESTAMOS MUERTOS DE HAMBRE, NUNCA ANTES HABÍA FALTADO LA COMIDA EN ESTA CASA", mi mamá se cayó sentada en la silla llorando y en shock, primero porque me atreví a gritarle, segundo porque expresé mi opinión a gritos y sin miedo y tercero, porque creo que a partir de ese minuto mi mamá cambió su pensamiento y nunca más volví a escuchar que diera su apoyo al general. Hago público este relato porque siento que de alguna forma marcó mi existencia, desde chica entendí que lo que pasaba no era bueno para nadie, nunca serán buenas las ideas impuestas, el autoritarismo, el obligarte a hacer o no hacer, el impedirte ser. Siento que desde ese día mi mamá comenzó a verme de otra forma, como una persona capaz de expresarse sin miedo y con convencimiento.

De esto también aprendí que cuando nos dejamos avasallar y aguantamos callados por mucho tiempo, en algún momento nos cansamos y estallamos y sale a la luz todo nuestro malestar y nues-

tro dolor, que es lo que comenzamos a vivir aquel inolvidable 14 de octubre.

Cabe mencionar que mi madre NUNCA MÁS volvió a mencionar su apoyo al general y aún ahora reclama abiertamente en redes sociales en contra del abuso de poder y todo lo que pasa a diario en nuestro querido CHILE.

Hijos del medio litro de leche

Jaime A. Torres Guerrero.

Año '71. La emoción, la alegría, el desbordamiento popular en las calles... Es la primera vez que le veo. Va en su automóvil junto a él, el comandante Castro. La gente les aclama, les saluda, ellos retribuyen el afecto y los saludos. Es una marea de mujeres y hombres... Todo un pueblo... los millones de mujeres y hombres... Los anónimos, el motor de esta transformación.

Calle San Pablo, tiempo después, el compañero presidente regresa de una gira. Los trabajadores y vecinos han hecho con ramos de palmeras un arco de bienvenida. Nuevamente el desbordamiento popular en las calles es multitudinario-masivo. La calle San Pablo es la misma, pero ahora nos encuentra residiendo en el INBA. Estoy apostado en un ventanal del centenario edificio, a la espera de verle aparecer. La historia me recompensa, la marea humana es tan espesa, su automóvil avanza lentamente. La multitud le aclama, con gritos de "viva el compañero presidente Allende, Allende", etc. etc. En un

momento su mirada limpia y transparente se cruza con la mía. El tiempo se detiene por un par de segundos... un momento mágico y a la vez real.

Sabemos de su compromiso, de su desvelo. El parque Quinta Normal es el escenario en donde la cultura y el arte se abrazan con el pueblo movilizado. La exposición del cobre, el teatro, la danza y la música...

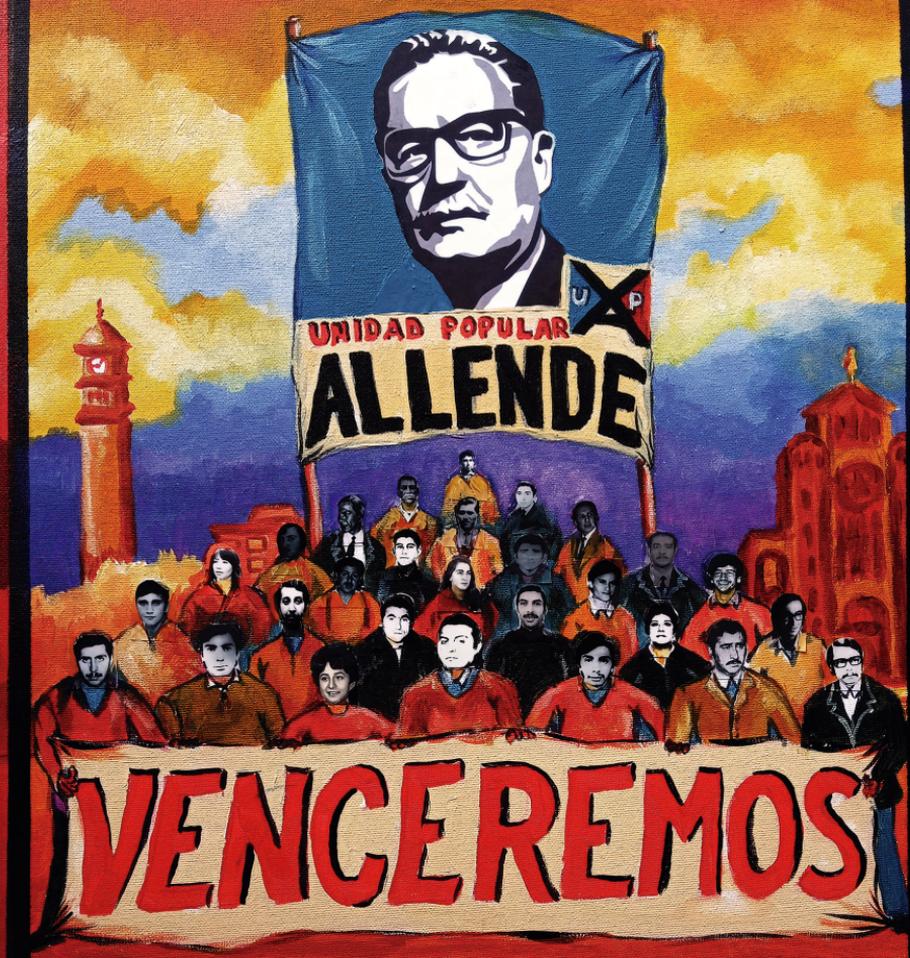
El aire se enrarece, el fantasma fatídico del golpe nubla nuestros corazones... Suena el teléfono de rectoría. Enrique Huerta, intendente de palacio, colaborador y amigo personal del presidente, habla y se despide de su padre don Aurelio Huerta, rector del INBA.

Escuchamos el último discurso del presidente. Las lágrimas corren por mis mejillas...

Vamos con mi padre, que es funcionario, a la entrada principal del INBA (Santo Domingo 3535). Frente a la portería, un carro blindado flanquea la entrada principal. Los techos y azoteas han sido ocupados por las fuerzas golpistas, Regimiento Yungay de San Felipe.

Los aviones ya vuelan rasantes sobre el centro de Santiago... Desde el tercer piso del patio amarillo... vemos abalanzarse finalmente con su carga de muerte los Hawker Hunter sobre La Moneda.

Los hijos del medio litro de leche diario tomamos tu ejemplo y empuñamos nuevamente tu fusil en los años '80.



“Tres años de poder popular: ¿DONDE ESTAN
ELLOS QUE MARCHABAN EN LIBERTAD? ”

Ramón Teófilo Bórquez Márquez

El despertar de Carmencha

David Alejandro La Mura Ovalle.

Ese cuatro de septiembre de 1970, mi madre tenía sólo doce años, era una locura en la casa, era un día distinto, un día histórico, aunque ella no tenía la madurez suficiente para saberlo en aquel instante. Esa memorable mañana, comenzó de forma distinta. Mi abuelo, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Chile, y mi abuela, profesora de estado de Filosofía, fueron muy temprano en la mañana a votar. Mis tíos, miembros de las Juventudes Comunistas, y estudiantes secundarios, partieron a sus actividades, y mi madre, aunque recién había ingresado ese año al Liceo y a la Base de las Juventudes Comunistas, andaba con las amigas de allá para acá, todo el día en la calle, finalmente los jóvenes que no podían votar se reunieron en el local de la Jota, de San Miguel.

Por supuesto que Carmencha le gustaba un compañero y anduvieron todo el día pololeando, tomados de la mano y dándose besos, hasta que se salieron del local, y se fueron a una esquina, un rin-

cón, a hacer otras cosas. Pasadas unas horas, llegó mi abuela desesperada, buscándola como loca por todas partes, porque se le había perdido la Carmencha, y no estaba en el local de la Jota, dónde se suponía que debía estar. Mi abuela se la llevó de un ala, "castigada para la casa y te vas a tu pieza y te acuestas", le dijo furiosa. Mi madre entonces se puso a leer un libro a eso de las siete u ocho de la tarde, mientras mi abuela escuchaba el escrutinio por la radio, cuando de repente ella va a la pieza y le dice "levántate, ganamos y nos vamos a la Alameda". La gente caminaba para todos lados, bajando de los edificios, con pancartas y banderas, y como no había ninguna micro en el paradero de la población, se subieron en la parte de atrás de un camión, en Departamental con Ochagavía, hoy Panamericana, y así llegaron a la Alameda, mi abuela pendiente que mi mamá no se fuera a perder nuevamente. Allí ellas se encontraron con mi abuelo, mis tíos, sus primos y abuelos, y escucharon desde la altura de la Universidad Católica, a Salvador Allende hablar desde la sede de la FECH, detrás de la UNCTAD, hoy Gabriela Mistral, en un mar de gente celebrando, emocionados. Entonces, luego que Allende pidiera que se fueran a sus casas, mi abuela, aún eufórica pidió ir a la rueda de Chicago en los Juegos Diana. Carmencha se subió con mi

abuela, pensando que iba a estar más segura y fue la experiencia más horrible de toda su vida, hasta el día de hoy.

De ahí se fueron todos los familiares a la casa de los abuelos en el Callejón Lo Ovalle, a celebrar toda la noche, bailando y tomando pisco, hasta que pasó el toque de queda, y se volvieron al departamento en la madrugada.

Al otro día, en la población todos se abrazaban, felicitaban y colocaban afiches de Allende en las ventanas y Lienzos en los edificios y el venceremos sonaba fuerte en los parlantes de muchos departamentos.

Era el nuevo despertar de la Carmencha y muchos otros, aquel septiembre, en el Chile de los años setenta.

El baúl

Juana Elizabeth Viguera Fernández.

A la abuela que ya partió...

Ese año para la abuela, la primavera llegó en noviembre y trajo consigo al primer presidente socialista elegido por ella y por el pueblo de Chile, ratificado por el congreso, Salvador Allende Gossens. Me emocionaba escuchar su relato, mientras iba desentrañando recuerdos con pasión y nostalgia de un baúl de madera, forrado en una tela celeste cada vez más desteñida, con unas correas de cuero que seguramente le daban la certeza de mantener a salvo una parte de su vida. El ritual comenzaba sacando un libro de la editorial Quimantú y procedía a contar su significado: *El sol del saber*, “progresar el que sabe” rezaba su propaganda... «y Mija, el pueblo empezó a leer para educarse y buscar una nueva patria». Luego, venía una hoja añeja con un par de versos que algún compañero le dejó en sus manos presuroso en medio de una marcha, ella aún se ruborizaba. Le seguían unos recortes de diarios de la época en los que destacaba *El Siglo*, fechado un

14 de enero de 1971, el poster de una obra de teatro "Los que van quedando en el camino"; suspiraba a ratos y su mirada quedaba extraviada buscando en su mente rostros perdidos, no me lo decía, pero yo la conocía y sin duda, estaba en eso. De pronto, dice que el abuelo no la acompañó a la obra, prefirió irse con los amigotes al Quitapenas, el ajedrez y el dominó eran sus rivales, sin contar, el interminable vaso de un buen tinto puesto en la mesa.

Y como siempre, lo mejor se dejaba para el final... sacaba un retrato envuelto en un pañuelo que desnudaba con cuidado, de donde emergía la figura del Presidente. Sigilosamente, pasaba un paño por la madera y el vidrio, mientras decía con voz firme pero cariñosa «Este sí que fue un buen presidente Mija, que no le vayan con cuentos, la historia me dará la razón. Mire que bien le quedaban sus bigotes, mire lo caballero que se ve, tenía un discurso, una pachorra, tan inteligente... no era cualquiera, tenía su profesión. Pucha que lo quería su pueblo, si hubiera visto como lo aplaudían. Preocupado por su gente, por su salud, por su formación. Mija, a usted le llegaba su uniforme enterito hasta los zapatos, sus útiles, la leche no le faltaba». Y otra vez volvía a emocionarse, porque para ella y muchos, él era la esperanza de un Chile más justo.

Continuaba narrando que, de las 40 medidas del programa de Allende, sus favoritas eran "El niño nace para ser feliz" y "El Arriendo a precio fijo", ¡pucha que era buena! porque no le podían cobrar más del diez por ciento de la platita que ganaba el Manuel, mi abuelo.

Seguía y seguía enumerando tantas otras que no fueron finalmente comprendidas, porque decía que le molestaba a los bolsillos de los de más arriba, con esa manía de infundir terror siguieron hasta destruirlo todo y le llevaron a su muerte, un día del noveno mes, que duele recordar. «Dígame Mija, por favor, que no es pecado guardar en este pequeño baúl un trozo de la historia...», mientras lloraba de manera pausada, como homenajear la memoria con cada lágrima a quienes estuvieron dibujando el Chile que soñaban para ella, para mí, para ti...para todos.

La lechería

Salvador Neftalí Cáceres Manríquez.

Era agosto de 1969 en la hacienda Rupanco, cuatro de la mañana, mi papá gritaba, Carlitos al campo a trabajar cabro, la verdad tenía mucho sueño, todo chico de 16 años a esa edad tiene sueño, pero la pega es pega, más aun en el sur donde se trabaja cuando aún no amanece, y se vuelve a la casa de estudiar ya anochecido, pero bueno es la vida, llegué como siempre a ponerme el overol, le ayudaba a mi papá a cargar los baldes de leche cuando lechaba las vacas, el viejo Moll tenía cien vacas en ese establo, imaginen el olor de los desechos, esos desechos duros que si pisas no te los quitas a menos te bañes de nuevo, yo por lo mismo a las siete me volvía a bañar, entraba a las nuevas clases del liceo, un liceo de campo donde nos enseñaban las materias de las humanidades y también labores agrícolas, salíamos a las 18:00, para los papás era mejor porque nos daban comida, y se ahorran la rabia de educarnos decían, gracias que no tenemos que soportar a esos pavos se reían los vie-

jos, pero la labor de la madrugada era la misma, ayudar a mi papá, en el campo no existe más diversión que las fiestas de septiembre, donde tenemos feriado, el patrón nos deja hacer una ramada re linda donde comemos y bailamos, y a veces me atrevo a sacar a la chica de los González, debe ser media tímida, pero la que antes era una niña media tonta y flaca ahora me llama la atención, todos se ríen de eso, vive a dos hectáreas de la mía, es vecina al final de cuentas, aquí los vecinos viven a hectáreas, a todo esto mi nombre es Carlos Vera, me llaman Carlitos o Gusano debido a mi delgadez, dicen que soy víctima del mal de la desnutrición desde niño, pero solo soy flaco, según yo de tanto levantarme temprano, pero hoy en el acarreo de baldes, el viejo Díaz, el presidente del sindicato nos grita, hoy nos tomamos el día a las diez, los cabros no van a la escuela y todos a las diez nos presentamos como puedan, en overol o no, con sus familias si quieren, en la sede que está atrás del granero, que tenemos una visita.

Yo me dije una visita, ¿Quién sería? Mi papá no me contaba, solo decía es alguien que nos apoya mucho, tú te vas a lavar y traes a tu madre, le dices que viene el Chicho, ¿El Chicho? Será me dije por dentro, no conozco a nadie ni en Rupanco, ni en Pilmaiquen, siquiera en Osorno que le digan así,

solo me quedare con la duda de quién es, a las siete me fui a la casa, le dije a mi mamá que viene el Chicho, ella solo sonrió, me bañé, me vestí con lo que pillé y desayuné, la verdad no le quise preguntar a mi mamá quien era el famoso ese que todos lo esperaban, pero ya me parecía raro, la familia de la flaca González, con la flaca cargando una bandera roja que decía UP, nos pasó a buscar, solo éramos mi mamá y yo, no tenía hermanos, mi mamá por lavar en la artesa tuvo problemas para concebir más hijos, mientras que la flaca tenía tres hermanos menores, mocosos desordenados, abrimos la puerta y salimos, ni tonto ni perezoso, le pregunte a la flaca, ¿y esa bandera? Se rió, viene el Chicho Allende, yo le dije: nadie me quiere contar, solo oigo que el Chicho aquí, el chicho allá, yo suertudo por que no fui a clases, pensé, si cargo la bandera la Flaca dirá que estoy más fuerte, así que se la pedí, ella me la pasó, me toma el brazo y me dice, el camino es difícil tendrás que ayudarme Carlitos, yo de la sorpresa, la tomé del brazo y nos fuimos, total era harto barro pero era media hectárea de la casa, caminamos, le pregunté por su casa, familia, me respondía, entre riendo y se me acercaba más, al llegar a la sede, estaba lleno de banderas rojas, y un lienzo decía, Puyehue Comuna, Allende Presidente, así era, ahora entendí, me explicó la flaca igual, era

Chicho, Salvador Allende, alguna vez en el liceo leímos en el diario de él, una tendencia política súper radical, la izquierda lo propuso de candidato al gobierno, con el apoyo de los más pobres, obvio yo era pobre, entonces supuse debía ayudarlo. Los niños del patrón iban a la escuela a Osorno, uno era un rubio alto, que ni se parecía a mí, solo los veía pasear por las instalaciones y no tenía que trabajar con los demás cabros, a las 4 A.M era todo distinto, jutre como le dicen en el campo, mientras reflexionaba esto, la flaca me dice al oído, oye abrázame, si los viejos no nos pescan, están en otra, si igual me gustas.

Quede atónito, mi viejo me dijo: a las mujeres se les hace caso en estas cosas, así que la abracé sentados los dos, mientras los viejos reían, gritaban Allende Presidente, quería verme como un hombre ante la flaca, se llama Camila a todo esto, ella puso su cabeza en mi hombro y se tendió a dormir, despertaba y dormía, me decía te quiero, aunque somos muy chicos, así que no hacíamos nada más, y nadie se daba cuenta, seria nuestra inocencia, y en eso llegó Allende, todos nos paramos y gritamos, somos pobres no idiotas, Allende al poder, la señora Berta Valderas, famosa líder de la hacienda, empezó el discurso inaugural, y yo con la Camila en mi hombro, todo bien, la señora Berta con Allende al

lado, hablando de justicia, de una sociedad mejor, que nos subirían el sueldo, que la Hacienda la administraríamos nosotros mismos, ¿te imaginas? Me decía la Flaca, yo la besé, me quedo mirando, me dijo eso no aquí por favor, de ahí cambió el tema, me dijo ojalá gane este caballero, es muy simpático, de ahí habló el dirigente sindical, el Díaz, quedamos atónitos, siempre lo veíamos como un viejo bruto, que cargaba dos baldes a la vez, pero hablaba muy bien parecía profesor, yo creo que solo de la impresión nos paramos a aplaudir, era hermoso como hablaba, nos llegó al alma, de ahí venía Allende, dio su discurso de candidato, a veces sus palabras eran muy complejas, con un terno café claro, y sus grandes lentes, él era doctor nos contaba, y desde joven atendía a los más pobres de Valparaíso, que él creía en nosotros, que éramos humillados. Con la Camila seguimos el discurso atentos, abrimos los ojos, tenía una voz que retumbaba, hablaba sin micrófono, y termina el discurso, se baja del estrado, y camina hacia donde nosotros, y riendo nos dice ¿es tu novia? Yo quedé en vergüenza, y un viejo grita, si son amigos de chiquititos, entre gestos de ternura y risa, los viejos celebraban a la Camila y a mí, yo le digo, seño Salvador, mi nombre es Carlos, y yo Camila, asintió la flaca, nos dijo, ¿van a la escuela? Ella no, solo yo, dije, además de ir a la escuela, a las 4

A.M nos levantamos los chicos hombres para ir a la lechera a trabajar hasta las siete, de ahí a la escuela, Allende pensativo, grita, en mi gobierno se prohíbe el trabajo infantil como el de Carlitos, y Camila podrá ir a la escuela, y los viejos gringos ya no se aprovecharán, haremos el municipio de Puyehue para fiscalizar todas estas cosas, la gente aplaudía y gritaba, parecía se caía el escenario, era un terremoto, y más fuerte, Allende presidente, me abraza a mí y a la Camila, llegan unos fotógrafos y nos toman una foto, y un periodista de la Radio dice, Allende se compromete con la juventud, derecho a la escuela para todos y todas dice, no más ayudantes de lechería menores de edad, yo ponía cara de serio, quería mostrarme maduro ante la Camila, y del puro momento, grité un nuevo Chile nacerá, la Camila me abraza, y la imagen se congela, ese día fue mágico, ese momento me congeló, ese día conocí al futuro presidente de Chile y tuve de novia a la Camila, ya no era gusano, ni Carlitos, yo era Carlos Vera, todo un hombre.

¡Malditos!

Jorge Ricardo León Sánchez.

Bajaba por calle Los Suspiros, rumbo a mi trabajo, en el polvorín de Renca; nervioso, mirando de reojo para ambos lados, me escabullía como escapando de algo, tenía miedo. Era una mañana fría, oscura; tenebrosa por los acontecimientos que estaban sucediendo ese 12 de septiembre. Debía cruzar el viejo Puente de Palo, pasar por la plaza para llegar luego al cerro. Con recelo, al sentir disparos, analicé el lugar, buscando un escape para salir pronto de ahí. Lo primero era llegar a mi trabajo y contar los hechos que estaban aconteciendo.

Logré calmarme, mientras mi mente trabajaba afanosamente en recordar los detalles de los sucesos ocurridos durante la noche, había dormido muy poco, a sobresaltos, en momentos que el silencio era interrumpido por gritos y disparos. —¡Balaceras, en mi barrio! — La curiosidad hizo que me levantara a mirar por la ventana. Poco a poco los ruidos se hacían más intensos, voces, gritos de mujeres me llegaban, mientras entre las sombras aparecían sol-

dados, completamente equipados, llevando en forma imperiosa algunas personas por el camino. Hombres, jóvenes empujados con el fusil de manera brutal, casi todos a medio vestir, sacados de sus hogares en forma apresurada. Era una visión fantasmal, llena de miseria y terror; hombres golpeados sin misericordia, al ser obligados a caminar casi a la rastra, seguidos de cerca por su familia que sollozando pedían a grito clemencia por ellos.

Luego de haberlos perdido de vista, me había apresurado en vestirme, deseaba ver si en el grupo iba algún conocido para tratar de ayudarlo. Luego en el trabajo hablaría con amigos militares, ellos me podrían averiguar donde se los llevaban.

- 2 -

Había pasado bastante tiempo desde que los perdí de vista; estaba llegando al puente, ahí los vi, me detuve al sentir un disparo. Luego gritos y órdenes, alguien se había escapado.

Mientras me acercaba, sentí un golpe en mi espalda. Me retorció de dolor cuando otro golpe, un culatazo, me derribó. Un maldito soldado se burlaba, sonriendo el desgraciado, me dijo: — ¿Tú eres el estúpido que se arrancó? Vamos, mi teniente te hará unas preguntitas. Mi primer acto era tratar de que me creyera y me soltara, que no tenía nada que

ver con los presos pero, cambié de parecer; me agaché rápidamente, tomé una gran piedra y le di en la cabeza, nadie se dio cuenta. Bajé por el puente y traté de cruzar el río; mientras lo pensaba sentí un gran dolor en mi cintura, luego el seco estampido. La bala me atravesó tirándome a las aguas; nadé hacia unas rocas. Tenía que escapar inmediatamente, me buscarían.

Iba a hacerlo cuando sentí los disparos, ráfagas, alaridos; los malditos les estaban disparando a sus prisioneros. Los dejaban huir, luego le disparaban por las espaldas, era un asesinato. Impotente, casi llorando, me lancé a las aguas, trataría de llegar a ellos para darles ayuda.

—Espera, ya nada se puede hacer —, sentí una suave advertencia detrás de mí—. Escucha, yo soy el que escapó. Hui de ellos, íbamos ser asesinados. ¡Mira, los están rematando, estos malditos! Ahora ya nos conocen, en cualquier momento podrían atraparnos. Vamos, tengo un lugar donde llegar. Avisa a tu gente, despídete. La lucha seguirá por mucho tiempo... algún día espero que la terminemos, debemos pelear por la honra de nuestro presidente.

A cien metros del sillón presidencial

Domingo Antonio Aravena Vergara.

Era enero de 1974, trabajaba instalando máquinas de aire acondicionado para SINDELEN que estaba en calle Amunátegui. A la una y media partíamos a almorzar al mercado entre las calles San Martín y Amunátegui por la Alameda con dos ayudantes y mi compadre López. Los almuerzos eran abundantes, cazuelas de cerdo, prietas con puré, y lo mejor de todo, el postre, melón tuna ahuecado con la fruta flotando en vino blanco heladito.

Aún sin terminar nuestros platos, vimos estacionar en la entrada del mercado, un auto oscuro y grande. Luego, gritos, ráfagas de metralleta y la gente corriendo de un lado a otro. Entraron botando al suelo, caldos, cubiertos, mesas y sillas. Nos pusimos de pie calmando a las cocineras y al par de clientas que estaban cerca.

—Ustedes gueones, salgan a la calle ahora.

El que habló era el paco más alto y corpulento de los seis que ingresaron. Nos hablaba a nosotros.

—Mi cabo – dije – Nosotros entramos a tomar un melón con vino no más. Somos trabajadores tenemos que volver a la pega.

—Cállate mierda. Que trabajadores ni nada. Son todos unos upelientos, desde afuera se siente el olor a la mierda que tienen los cinco en la cabeza.

A golpes y culatazos subieron al auto, a la dueña de la cocinería, a mi amigo López, al ayudante Pino, a otro cliente y a mí. El más joven de mis ayudantes había ido al baño, lo que fue un alivio porque era su primer mes de trabajo y el hijo mayor de una vecina. A patadas y garabatos nos metieron al Pino, al cliente y a mí en el portamaletas del Ford. Partieron rápido y dieron hartas vueltas por el centro.

—No sé si saben algo, no sé quiénes son, pero nieguen todo o no saldrán con vida de esta— dijo el cliente—, encima de nosotros en el portamaletas.

Dijeron que el cliente se llamaba Pancho, estudiaba medicina y que era un dirigente del MIR y todos nosotros parte del mismo grupo. Estábamos reunidos en la cocinería para ponernos de acuerdo en la forma en que sacaríamos del país a otros mibristas.

Vendados y semidesnudos nos hicieron acostar en un pasillo de baldosas frías, con las manos atadas a la espalda.

—Se me quedan todas las mierdas bien calladas. Si escucho cualquier ruido, vengo y disparo, ¿oyeron conchasdesumadre?

En las madrugadas nos sacaban diciéndonos, “te toca Pancho” todos éramos lo mismo, “ratas miristas” y “basura de Chile”, desnudos nos tiraban agua sucia para luego subirnos a un somier metálico atracado a una pared. Nos ponían corriente en los testículos y en las axilas. Siempre con los ojos vendados. El cuerpo saltaba con los golpes de corriente, pero si te movías hacia la orilla te pegaban con unos palos gruesos.

—¿Quiénes son tus jefes? ¿Quién les manda la plata? ¿A quienes quieren sacar del país?

—Capitán —dije asegurándome de subirle el rango al paco— Yo sólo entré a ese lugar a tomarme un melón con vino, soy un trabajador, jefe de familia.

—Putá, el gueón insistente. Melón con Vino te vamos a poner a voh.

Eran del OS7, formada un poco después del golpe, conocida con el nombre de “Séptima Sección de Investigaciones Especiales”, dependiente en ese entonces del Departamento de Orden y Seguridad.

—Este fue boxeador, hay que tener cuidado con él —decían y se cagaban de la risa—, ¿Sabí algo mierda? ¿Qué sabí gueón? —preguntaban empujándome hacia la pared.

Supe que estábamos cerca de la Moneda porque en la Intendencia de Santiago había un reloj que daba las medias horas y ése estaba en calle Morandé con Moneda. Era el edificio que Carlos Ibáñez del Campo adquirió para que fuera la sede de la Intendencia. Veía en mi cabeza el pórtico de ingreso, con sus dos columnas y, rematando la fachada, la cúpula del campanario con el reloj. Debíamos estar en el estacionamiento debajo de la manzana que formaban las calles Moneda, Teatinos, Agustinas y Morandé.

Al séptimo día nos devolvieron nuestra ropa.

Bajamos por la Alameda hacia el poniente, cuando llegamos a calle Ecuador pude ver, a pesar de las huinchas de embalaje. Nos dejaron camino al antiguo aeropuerto Pudahuel.

—Al primer huevón que levante la cabeza se la volamos –gritaron y nos dejaron metidos en una zanja. Esperamos hasta dejar de escuchar el motor del Ford.

A medio vestir cada uno partió por distintos rumbos. Mi ayudante Pino y yo nos fuimos al sindicato de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado (ETC), donde ambos estábamos afiliados y que estuvo activa entre 1953 y 1981. A Pancho nunca más lo vi. López y la dueña de la cocinería partieron al mercado.

Me botaron once piezas dentales.

Conté todo esto a la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, conocida como Comisión Valech. Más de 35.000 personas presentaron su testimonio.

Cuando ayer.

David Jesús Avello Gaete

1.- Recuerdo que la multitud surgía de todas las calles y pasajes, pero sobre todo de Finlandia. Todas las columnas tomaban Las Golondrinas, a lo largo y ancho, pegaditos al Club Hípico, allá, en Hualpencillo. Eran puros carretones harapientos y una pelusería contenta. Eran hombres, mujeres y niños que brillaban por su falta de elegancia y la evidencia del cansancio, el hambre y la miseria en sus vidas.

Decenas de carretones llenos de caritas redondas y puros ojitos contentos. Carretones con el nombre del Chicho a sus costados, en esa equis que, en su parte inferior exteriorizaba la inicial de Allende, custodiada a ambos lados por la última vocal y la consonante P, respectivamente. Además de cientos de alegres banderas chilenas de todos los tamaños, flameando como nunca antes, pegaditas al pueblo...

El día era gris y parecía que en cualquier momento se nos iba a venir toda la lluvia del mundo, pero no importaba demasiado. Era la fiesta de los

harapientos, de los patipelados: era nuestra fiesta. Por fin, alguien de los nuestros alcanzaba esa puerta que podría darnos un poco de justicia. Mis doce o trece años de aquel entonces, estaban ya llenos de manifestaciones de pobladores y obreros hartos de vivir en la miseria. Y, aun así, esta manifestación era distinta a todas las antes vividas. Íbamos a celebrar el triunfo nuestro, el triunfo del Chicho. Por fin teníamos al Compañero Presidente, allí, en la Moneda.

Veníamos saliendo del Campamento Lenin (una Toma de Terrenos de apenas un par de años antes) e íbamos a unirnos a todos esos invisibles que tomaban Las Golondrinas, para alcanzar Colón y llegar caminando a Concepción. Nunca antes vi tanto rostro, miradas y manos de personas simples tan llenas de ilusión. Íbamos a celebrar el día más importante de nuestras vidas y hasta mi perro, Peta-ca, parecía tan contento como nosotros. Íbamos cantando La Internacional, al Víctor Jara y la Violeta, Quilapayún, Patricio Manns...

2.- Ni qué decir de lo que se vino después. La nacionalización del cobre, el litro de leche, mejoras en la educación y la salud, mejoramientos laborales. Todo eso, entre enfrentamientos con el Grupo Móvil y los Patria y Libertad. Recuerdo las calles de colores, de sonrisas y palabras amables y optimistas. Re-

cuerdo miradas serenas y mucho artista, hasta la televisión era distinta. Cine, pintura, teatro, literatura. Y, desde luego, la Editorial Quimantú. Nunca antes ni nunca después, un libro tendría el valor equivalente a un kilo de pan. Colmé de libros mi biblioteca. Hoy, existe una copia de Quimantú, que, no es ni la sombra de su antecesora... Todo eso, hasta que el cielo se puso gris y el aire se volvió violencia y miedo. La tristeza y la desconfianza que todavía se ve por las calles. El mal humor y esa meta maldita que hoy gobierna nuestras vidas: tener. Solo eso: tener...

3.- Hoy, no quedan más que sombras y muchos, muchos recuerdos. Viví de nuevo esa ilusión a partir de octubre. No nos olvidamos, los que vivimos aquellos días, de ese hermoso sueño, un sueño que no es un imposible. Nosotros, los nadie, podemos, si queremos...

1970 / 2020

Cincuentenario del Gobierno Popular

Ricardo Klapp Santa Cruz.

Este año, conmemoramos medio siglo del triunfo del pueblo allendista y de la victoria popular. Fue la maduración de un proceso acumulativo social y popular y de construcción de valores contra-hegemónicos y de ideales éticos. La historia oficial difundida por los vencedores, enmascaran, ocultan o nos mienten sobre esta gesta social e histórica. El 9 de octubre pasado, se cumplieron 50 años de la creación de la Unidad Popular, alianza de izquierda, que llevó al abanderado de los humildes a la presidencia de la República, al Dr. Salvador Allende Gossens, con un Programa Básico Popular, expresado en 40 primeras medidas.

La Unidad Popular, fue el fruto de largos años de lucha, movilización social y popular. Proceso que llevó al triunfo a la Unidad Popular el 4 de septiembre de 1970. La unidad de las fuerzas transformadoras, el Partido Comunista (PC), el Partido Socialista (PS), el Partido Radical, (PR), Movimiento de Acción Po-

pular Unitario (MAPU), la Acción Popular Independiente (API) y el Partido Social Demócrata (SD). Posteriormente, se unió La Izquierda Cristiana (IC).

El Programa Básico, se dio a conocer el 17 de diciembre de 1969. La designación del candidato, presidencial de la UP, cuyos precandidatos fueron: Alberto Baltra (PR), Jacques Chonchol (MAPU), Rafael Tarud (API), Pablo Neruda (PC) y Salvador Allende (PS). El 22 de enero de 1970, Allende era el abanderado presidencial de la Unidad Popular. Un componente decisivo, fue la creación de los Comités de Base de la UP, como expresión unitaria de poder político y social en la base, en los barrios, en las poblaciones, en los centros laborales o de estudio. Se crearon más quince mil Comités, con la participación de miles de independientes y de las fuerzas populares.

Desde ese mismo día con rayados en murales por las Brigadas Ramona Parra y Elmo Catalán se inició una intensa campaña, con muy poco tiempo. A un ritmo vertiginoso se recorrió el país, en el Tren de la Victoria, en multitudinarios actos, manifestaciones con decisivas expresiones culturales, recitales, penas, poesía, teatro, una campaña con un gran componente juvenil.

El Programa Popular, permitía grandes transformaciones, como nacionalizar el Cobre, denominado

el sueldo de Chile. La Reforma Agraria, el medio litro de leche para todo niño y niña del país. Promover el florecimiento del muralismo y la cultura como acción importante del desarrollo humano y al alcance de todos, la educación y la salud para todos, el trabajo digno y creador, los trabajos voluntarios. La cesantía se redujo al 3% y las autoridades públicas no podían ganar más de veinte sueldos vitales. Se construyeron más de cien mil unidades habitacionales. Se trataba de consolidar un país soberano, solidario, integrado a los países de la región, con el debido respeto a la autodeterminación de los pueblos.

La Unidad Popular y el gobierno de Salvador Allende, concitó el cariño de los pueblos del mundo. "La limpia victoria alcanzada", como lo dijera Salvador Allende en los balcones de la FECH, fue una gesta histórica y popular. Triunfó "la vía chilena al socialismo", conocida como "la revolución con vino tinto y empanadas". Un proceso original en aquella época. Allende fue un visionario, su liderazgo en esa construcción de patria justa para todos y todas, que significaron una reafirmación del compromiso incondicional con la emancipación humana, fue un acto de rebeldía del pueblo chileno, contra una oligarquía humilladora y ambiciosa.

El 24 de octubre por 153 a 35 votos el Parlamento confirmó la presidencia de Salvador Allende. Fue

la primera vez en la historia mundial, que un marxista había llegado por la vía institucional a la presidencia de La República. Para nosotros Salvador Allende es; compañero, rescate de la memoria histórica, coraje y consecuencia, inteligencia y voluntad transformadora con humanidad, su visión, dignidad, su vida y trayectoria, sus obras, líder enraizado en el alma nacional, de discursos sencillos de gran valor didáctico y de riguroso orden analítico, que recogía las aspiraciones populares. Su legado histórico, se funden de los más profundo del pueblo de izquierda, con la historia del Chile popular.

La Unidad Popular, creció desde un 36,5% obtenido en 1970, al 51% en las elecciones municipales de abril de 1971. En las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 obtuvimos un 44%, en plena conspiración golpista, cuyo objetivo era generar desestabilización, incertidumbres, violencia y desabastecimiento. Ante el Congreso, el 21 de mayo el presidente dijo "caminamos hacia el socialismo no por amor académico a un cuerpo doctrinario. Nos impulsa la energía de nuestro pueblo". El 3 de marzo de 1972, Allende en Chuquicamata expresó "el suelo de Chile es el cobre, como la tierra es el pan, como el bosque podríamos decir, es el techo y la vivienda".

Conspiraron, el gobierno norteamericano, el Pentágono, la CIA, el FBI, las instituciones económicas y financieras internacionales, el Banco Mundial, en acuerdo con la burguesía nacional, el ejército, marina, aviación y carabineros, entrenados en la Escuela de las Américas, donde se formaron la mayoría de los dictadores y torturadores, para convertir a las instituciones armadas en el brazo masacrador de la clase dominante. El 24 de junio declaró, "los trabajadores en Chile han conquistado el gobierno; no han conquistado el poder" y agregaba "la revolución no es un proceso para servir apetitos personales o partidarios; que implican renunciamiento y sacrificio".

El triunfo popular de 1970, movilizó un enérgico ánimo de rebeldía, de sentimientos compartidos, con una ética de solidaridad humana, de entrega y desprendimientos personales. Había que construir, colectivamente, una primavera de esperanzas y de creatividad emancipadora. Fueron tiempos de pelo largo, los malones, las alpargatas, flacuras y barbas, patillas y boinas, el paltó, el montgomery, los botos y las ojotas, la manta e castilla, del tranvía y el trolley, los libros publicados por Quimantú "sol del saber", la militancia y el trabajo voluntario. Echar a andar, darle dignidad y protagonismo al pueblo, era nuestro ideario. Nuestros valores, la lucha por la

verdad, la memoria y la justicia social. Los pobres y los niños estaban siendo vacunados. No solo el cobre sería el sueldo de Chile, vivíamos la alegría en las calles, entonando “el pueblo unido jamás será vencido” el “...y que jué”. La última manifestación popular, el 4 de septiembre de 1973, en Santiago llegó al millón de asistentes, pese a la campaña del terror.

Esta proeza, cumple 50 años. Sustancia necesaria para los combates futuros, en eso Allende, tenía una fe absoluta en que se abrirán las grandes alamedas. La Unidad Popular y Allende se mantienen en la memoria popular, como la culminación de un proceso emancipador y de transformación social que desarrolló la izquierda y que fue posible construyendo unidad. Los allendistas y las fuerzas de izquierda, tenemos que construir un futuro compartido por todos y todas, hoy como ayer, solo el entendimiento nos liberará del neoliberalismo.

El 11 de septiembre de 1973, Allende se despide de los “trabajadores de mi patria, especialmente de la modesta mujer de nuestra tierra, de la campesina que creyó en nosotros, de la obrera que trabajó más, de la madre que supo de nuestra preocupación por los niños, de los profesionales patriotas, de los jóvenes que cantaron, entregaron su alegría y su

espíritu de lucha”, se despidió de, “aquellos que serán perseguidos”.

El 11 de septiembre de 1973, el Presidente Allende murió heroicamente, defendiendo nuestro gobierno, el mandato popular, el programa, que el pueblo chileno le encomendó. Como autocrítica, la izquierda subestimó el miedo y el odio de la derecha y el imperialismo, de perder sus privilegios. No podíamos pensar, que la burguesía chilena y las transnacionales se iban a quedar tranquilas, cuando dejaron de controlar, sus latifundios y empresas monopólicas. Su respuesta fue criminal.



Golpe	15
<i>Juan Carlos Peña Silva</i>	
Mi Madre	20
<i>Juan Carlos Castro Oyarzo</i>	
Núcleo Tania	25
<i>Valeria Regina Arancibia Jerias</i>	
“Taty”	29
<i>Willy Haltenhoff Nikiforos</i>	
Testimonio	32
<i>María Elena Valenzuela Romero</i>	
“¡El pueblo unido, jamás será vencido!”	35
<i>Walter William Reed Coleman</i>	
Testimonio II	37
<i>María Cruces</i>	
Los bigotes del Chicho	40
<i>Juan José Flores Cárcamo.</i>	
La imagen del vidrio	44
<i>Fernando Hernán Sandoval Lobos.</i>	
Adelante, obreros y estudiantes	47
<i>Román Campusano Ruilova.</i>	
El abrazo, el sentido y la razón	51
<i>Paola Font Flores.</i>	
El empaná de perro	54
<i>Daniel Fredes Castro.</i>	
Testimonio III	58
<i>Marlene Patricia Civilo García.</i>	
Hijos del medio litro de leche	61
<i>Jaime A. Torres Guerrero.</i>	
El despertar de Carmencha	65
<i>David Alejandro La Mura Ovalle.</i>	

El baúl	68
<i>Juana Elizabeth Viguera Fernández.</i>	
La lechería	71
<i>Salvador Neftalí Cáceres Manríquez.</i>	
¡Malditos!	77
<i>Jorge Ricardo León Sánchez.</i>	
A cien metros del sillón presidencial	80
<i>Domingo Antonio Aravena Vergara.</i>	
Cuando ayer.	85
<i>David Jesús Avello Gaete</i>	
1970 / 2020	88
Cincuentenario del Gobierno Popular	88
<i>Ricardo Klapp Santa Cruz.</i>	

